cha sangre que vertia con las espinas; cuán afeado su rostro con las manchas de sangre, y con la muchedumbre de las salivas, y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas, ponderando cómo no hubo quien se compadeciese de él en este trabajo, ni quien hablase por él, ni quien reprimiese la furia de aquella gente feroz, hasta que ellos mismos se cansaron de atormentarle; pero no se cansó el espíritu de nuestro buen Jesus de ser atormentado, ántes se aparejó para los nuevos tormentos que le estaban esperando. Y así no es razon que vo me canse de ponerme á sus piés llorando sus trabajos y mis pecados, que fueron causa de ellos; y adorándole con verdadera adoracion, le pediré mercedes, como á verdadero Rey, y no otras, sino que me haga participante de sus desprecios y dolores, con la humildad, paciencia y caridad que tuvo en ellos.

MEDITACION XXXVII

DEL ECCE HOMO, Y DEL ÚLTIMO EXÁMEN QUE HIZO PILATOS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR

PUNTO PRIMERO

Vergüenza de Cristo al ser presentado al pueblo en tal figura. Considerar aquellas palabras *Ecce Homo:* I. Como dichas de Pilatos por su propio espíritu.—2. Como dichas del divino Espíritu.—3. Como pronunciadas por el Eterno Padre.—4. Como oidas y dichas por nosotros mismos.

Entrando Pilatos en el lugar donde estaba Cristo nuestro Señor, y viéndole tan maltratado y desfigurado, parecióle, que con sólo mostrarle al pueblo aplacaria su furor, y así mandó á los soldados que le llevasen á un lugar alto donde podia ser visto de todos; y adelantándose un poco, dijo á todo el pueblo: Veis, aquí os le saco á fuera, para que entendais, que no hallo en él culpa merecedora de muerte, y á esta sazon salió fesus á vista de todo el pueblo, vestido con la púrpura y coronado con las espinas (1).

Donde ponderaré la vergüenza que padeceria el Señor viéndose delante de tanta gente, en aquel traje tan abatido y la humildad con que se presentó á ser visto de todos en aquella tan horrenda figura. ¡Oh Redentor mio, cuán diferente figura es esta de la que teníades en el monte Tabor, llena de resplandor y majestad! Aquélla descubristeis no más que á tres de vuestros discípulos en un monte alto; pero ésta descubrís en otro lugar alto á todo el pueblo, para que todos vean vuestras ignominias y crezcan con ser vistas. Dadme, Señor, ojos de viva fe con que yo las mire, porque para mí no será ménos amable esta figura lastimosa, que la otra muy gloriosa.

Estando, pues, Cristo nuestro Señor á vista de todo el pueblo, díjoles Pilatos: Veis aquí al hombre (2). Estas palabras tengo de considerar primero, como dichas de Pilatos por su propio espíritu, y despues como dichas del divino Espíritu y del Padre Eterno por boca de Pilatos, ponderando tambien el modo cómo tengo yo de oirlas y decirlas.

I. Lo primero en cuanto fueron dichas de Pilatos, quieren decir, mirad á este hombre, que se llama Rey, Mesías é Hijo de Dios, y veréisle tan castigado y desfigurado, que apénas parece hombre, pero de

⁽¹⁾ Ioan. XIX, 4-5.—(2) Ioan. XIX, 5.

verdad es hombre, y pues es hombre como vosotros, compadeceos de vuestra humana naturaleza, y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. Pero tú, alma mia, mira á este hombre segun todo lo exterior que se puede ver en él, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira á este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira á este hombre vestido con vestidura de escarnio, y coronado con corona de dolor y desprecio. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de sí: Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo (1); y el que solia ser más hermoso que todos los hijos de los hombres (2), es el más feo de todos, en quien no hay cosa que pueda ser vista (3). Oh Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero; harta humillacion fué abajarte á tomar forma de hombre, pues ¿por qué te humillas tanto en esa forma, que vengas á ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser más que hombre, igualándome con Dios, es causa de que tú, Dios mio, te hayas humillado á parecer ménos que hombre, porque tan abominable soberbia pedia medicina de tan admirable humildad. Oh si mi hombre exterior fuese del todo semejante al tuvo, gustando con verdadera humildad de ser pisado como gusano, y tenido por ménos que hombre, y desecho de los hombres.

2. Lo segundo, ponderaré estas palabras, en cuanto fueron dichas del divino Espíritu, por boca de Pilatos: *Mirad á este hombre*, que aunque parece solo hombre, es más que hombre, porque es Hijo

tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa figura que tiene el tuyo.

3. Lo tercero, ponderaré estas palabras, como

dichas por el Padre Eterno: *Mirad este hombre* que yo envié al mundo, para que fuese Maestro de los hombres y dechado de toda perfeccion y santidad; y para dar ejemplo de ella, ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores; su humildad, en tantos desprecios; su pobreza de espíritu, en tanta desnudez; su mansedumbre, en tan graves injurias; su paciencia, en tan terribles dolores; su modestia, entre tantos blasfemadores; su obediencia, entre tantos

de Dios vivo: Mesías prometido en la ley, cabeza de los hombres y de los ángeles, redentor del linaje humano, y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fué tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa por solo amor de los hombres, para pagar las deudas de sus pecados y librarlos de las penas eternas que merecian por ellos; por lo cual merece que todos le den millones de gracias, y le confiesen por Hombre y Dios verdadero, alabándole, adorándole y sirviéndole por todos los siglos. Amen.

Estas y otras grandezas tengo de ponderar en

este hombre; y considerando que se me dice á mí

esta palabra, prorrumpiré en afectos de admiracion,

amor y confianza, diciendo: :Que es posible, que

hombre tan divino esté tan abatido? ¿Qué no podré esperar, de quien tanto amor me ha mostrado? ¿Cómo no me deshago en amar á quien tanto por mí ha hecho? Oh hombre más que hombre, honra del linaje de los hombres; yo te adoro y glorifico como á hombre y Dios eterno, y te suplico me tomes por tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa

⁽¹⁾ Ps. XXI, 7. - (2) Ps. XLIV, 3. - (3) Isai. LIII, 2.

perseguidores, y su caridad en medio de tantos que le aborrecen; y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas. Oh Padre Eterno, ¿es, por ventura, este hombre aquel de quien dijisteis en su bautismo y transfiguracion: Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me he agradado, á él oid? (1). Si éste es el mismo que entónces, ¿dónde está la figura de paloma que declare su inocencia? ¿Dónde la nube resplandeciente que manifieste su divinidad? ¿Dónde Moisés y Elías que le abonen y autoricen con su presencia? De todo le veo desamparado, pero sus virtudes le acompañan, éstas predican su inocencia, descubren su divinidad y autorizan su persona; y pues me mandais que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza, para que pueda conformarme con la imágen de este hombre celestial, borrando de mí la imágen del hombre terreno; de esta manera tengo de ir mirando á Cristo nuestro Señor en lo interior y en lo exterior, ponderando cómo en lo exterior parece ménos que hombre, y en lo interior es más que hombre. En lo exterior está feo con terribles llagas, en lo interior hermoso con admirables virtudes, sacando deseos de imitar cada una de ellas.

4. Últimamente, volviéndome al Eterno Padre para alcanzar todo esto que deseo, le diré: ¡Oh Padre soberano, mirad á este hombre llagado y desfigurado por mis pecados! Vos me mandais que le mire, para compadecerme de él; yo os suplico que le mireis para compadeceros de mí. Quereis que le mire, para que le imite; miradle, Señor, para darme por su respeto fuerzas para imitarle. ¡Oh Padre so-

berano, á quien todos los hombres hemos injuriado con graves pecados, mirad á este hombre atormentado con graves dolores para satisfacer por nuestras ofensas, y aplacad vuestra ira, dándonos perdon de ellas! Oh Padre de misericordias: Mirad à este hombre, que tiene dentro de su corazon todos los hombres, y ofrece su vida por todos ellos; no me mireis á mí á solas, sino miradme junto con este hombre, y lo que por mí no merezco, dádmelo por lo que él merece, ¡Oh Dios protector mio, mirad, mirad el rostro de vuestro Cristo (1), porque no es posible que desampareis á los que él tiene escondidos en lo secreto de su rostro, afligido con tal figura! Mirad, Dios mio, á este espejo, y en él vereis vuestro divino rostro (2), porque es imágen vuestra, y por él mirad á nosotros y vereis que somos imágen suya; y por el amor que teneis á vuestra imágen, perdonad, reformad v santificad á todos los que somos criados á su imágen, y redimidos con la sangre que derrama en esta dolorosa figura.

PUNTO SEGUNDO

Crueldad de los judíos en pedir la muerte de Cristo.—
 Blasfemias de los judíos en condenar á Cristo como blasfemo.—3. Cuán propio es de los malos preciarse de la ley, y no cumplirla.

A estas palabras que dijo Pilatos, respondieron todos con grandes voces, y los pontífices y los ministros: Crucificale, crucificale (3).

1. En lo cual se ha de considerar la crueldad en-

⁽r) Matth. xvii, 5.

⁽t) Ps. LXXXIII, 10. - (2) Ibid. XXII, 2-1.

⁽³⁾ Ioan. XIX, 6, Luc. XXIII, 21.

demoniada de estos pontífices y sacerdotes, y de este pueblo inducido por ellos, los cuales no sólo no ce compadecieron de este Señor, tan llagado y afligido; pero con increible odio, con la vista de sus trabajos creció la sed de añadir otros mayores, diciendo: Crucifícale, crucifícale; como quien dice: Buen principio has dado en azotarle, acaba lo que has comenzado en crucificarle, pues los azotes preceden á la crucifixion. ¡Oh qué sentimiento tan grande causarian estos clamores en los oidos del Salvador, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con más crueldad que los gentiles, pues estos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos! ¡Acordábase de los bienes que habia hecho á esta nacion, y viendo el mal pago que le daban, lastimábase por el castigo y desamparo que merecian! ¡Oh alma mia, cómo no revientas de dolor, viendo tan aborrecido al que merecia ser sumamente amado! ¡Cómo tu rostro no se baña en lágrimas, viendo el rostro de tu Señor bañado en sangre, y á sus enemigos sedientos por derramarla toda! Ama con entrañable amor al que tanto te ama, en recompensa del odio tan injusto con que es aborrecido, y procura ser más ferviente en amarle, que sus enemigos fueron en aborrecerle.

Enfadado Pilatos de la protervia de los pontífices y ministros, díjoles: Tomad vosotros á ese hombre, y crucificadle, porque yo no hallo en él causa bastante para esto. Respondieron ellos: Nosotros ley tenemos; y segun nuestra ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios (1).

2. En estas palabras acusaron á Cristo nuestro Señor de blasfemo, teniendo por blasfemia que di-

jese de sí ser Hijo de Dios, no por adopcion sino por naturaleza; y así, que segun la ley, debia ser castigado con pena de muerte. En lo cual se ve la ceguedad abominable de esta gente, que tenia por blasfemia á la misma verdad de Dios, aprobada por su Escritura, que decia, que el Mesías era Hijo de Dios y confirmada con tantos milagros como Cristo hizo, para dar testimonio de ella. Por donde consta, que ellos eran blasfemos en decir que ésta era blasfemia y por consiguiente dignísimos del castigo de la ley, pero la verdadera blasfemia es perdonada y la falsa castigada, porque el Hijo de Dios quiso humillarse á ser castigado como blasfemo para merecer el perdon de las verdaderas blasfemias. Oh Rey soberano, verdad es muy grande, que segun la ley habeis de morir, no porque os habeis hecho Hijo de Dios, sino porque siendo Hijo de Dios, os habeis hecho hombre, y con vuestra muerte habeis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios. Por ella os suplico, me hagais hijo vuestro, y como tal muera al pecado, al mundo y á la carne, y deje de vivir para mí, por vivir para Vos. Amen.

3. De lo dicho sacaré tambien, cuán propio es de los malos é imperfectos preciarse de la ley y no la cumplir, si no es conforme á lo que es su gusto y honra. Y para esto se aprovechan de la ley, queriendo disimular y encubrir con ella su dañada pretension; pero yo abominando esta perversa y obstinada costumbre, procuraré preciarme de la ley, y del entero cumplimiento de ella, porque de otra manera la ley será mi condenacion (1), manifestando mi desobediencia.

⁽¹⁾ Ioan. XIX, 6-7.

⁽¹⁾ Rom. II, 13.

PUNTO TERCERO

I. Causa del temor de Pilatos.—2. Su soberbia.—3. Admirable prudencia de Cristo.

Ovendo esto Pilatos, temió mucho; y entrando en el pretorio, dijo á Jesus: ¿De dónde eres? Jesus no le respondió palabra alguna; y díjole Pilatos: ¿ A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte, v para soltarte? Respondióle Fesus: no tuvieras potestad alguna contra mí, si no te fuera dada de arriba (1).

1. En lo cual se ha de considerar la causa del temor de Pilatos, cuando ovó que Cristo nuestro Señor se hacia Hijo de Dios; porque las grandes virtudes que resplandecian en Cristo, le hacian muy creible que era así como él decia, v temia mucho de condenarle, por no incurrir en la divina indignacion. Oh cuán admirable era la mansedumbre y paciencia, que bastó sin otros singulares milagros, para que un juez gentil siendo tan malo, tuviese por creible que un hombre tan afligido y maltratado, podia ser Hijo de Dios vivo! Dadme, oh buen Jesus, que imite estas virtudes, para que seas glorificado en mí por ellas.

2. Tambien se ha de considerar la soberbia que luego salteó á este mal juez, indignándose de que Cristo no le respondia, por parecerle que era contra su autoridad. Item, su presuncion y gravedad tan hinchada, y la jactancia de sus palabras para hacerse estimar. Todo lo cual es propio de los mundanos, y ha de estar muy léjos de mí, si quiero ser del bando de Cristo.

3. Sobre todo se ha de considerar, la prudencia admirable de Cristo nuestro Redentor en callar v en hablar. Calló en este caso, cuando el hablar no era más que para su defensa; pero habló cuando era necesario, para volver por la honra de Dios, y corregir al soberbio, que presumia de su potestad; y entónces hablaba con tanta libertad, como si no estuviera en tanta miseria; y lo que le dice es: No te jactes del poder que tienes, que no es tuyo, sino del cielo, dado por mi Padre celestial, sin cuya licencia y permision nada pudieras contra mí. En lo cual resplandece grandemente la bondad del Eterno Padre, que dió potestad sobre su Hijo á un tan mal juez para bien nuestro. Oh Juez soberano, á quien el Padre Eterno dió potestad de juzgar vivos y muertos; gracias te doy por haberte sujetado á un juez tan soberbio que presume de su poder, y por otra parte tan cobarde, que no se atreve á usar de él. Líbrame, Señor, de estos extremos tan viciosos, para que ni la soberbia me desvanezca, ni la pusilanimidad me oprima.

PUNTO CUARTO

Considerar aquellas palabras: Ecce Rex verter .- 1. Como dichas de Pilatos.-2. Como sugeridas por el Espíritu Santo.-3. Como dichas á todos los fieles.

Por esta respuesta de Cristo nuestro Señor deseó más Pilatos librarle; mas los pontífices apretáronle con amenazas, diciendo: Si sueltas á éste no eres amigo del César (1); como quien dice: Si le sueltas, acusarémoste delante del César, porque soltaste á su

⁽²⁾ Ioan. XIX, 9 et segg.

⁽i) Ioan. xix, 12.

enemigo, y al que hacia rey en perjuicio de su imperio. Y amedrentado con esto Pilatos, sacó segunda vez á Cristo nuestro Señor á fuera, y díjoles: Mirad á vuestro Rey (1). Estas palabras se pueden considerar como dichas de Pilatos, por su propio espíritu, y como dichas por el Espíritu divino, que le movió á decirlas.

1. Pilatos las dijo por vía de escarnio, como si dijera: Veis aquí á este miserable, de quien decís que se hace rev vuestro, miradle que ni es rey, ni puede pretenderlo; no es sino rey de farsa, y de representacion, como lo declara esta corona, cetro v púrpura que trae; compadeceos de él, y no creais que éste puede contradecir á César en hacerse rey. Oh Rey del cielo, cuán abatido estais entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillacion, la soberbia y ambicion con que ellos desean reinar. Un rey de Israel, entrando en la batalla, se desnudó las vestiduras reales, por huir con este disfraz de la muerte que sus enemigos pretendian dar á él solo, sin hacer caso de los demás (2); pero Vos, Dios mio, verdadero Rey de Israel, tomais insignias y apellido de rey, por entregaros á la muerte, para que muriendo Vos queden todos libres de ella. ¡Oh bendito sea tal Rey, que así ama á sus vasallos, que quiere morir porque vivan ellos! Muera yo, Señor, mil muertes, porque Vos vivais en mí y yo viva para Vos.

2. Estas mismas palabras dijo el Espíritu divino por boca de Pilatos á los judíos, para avisarles de lo que tenian presente y tanto habian deseado: *Veis aquí al Rey* que habeis estado esperando tantos

3. Con el mismo espíritu tengo de imaginar, que estas palabras se dicen á mí, y á todos los fieles: Veis aguí à vuestro Rey, santo y sabio, manso y humilde, liberal, dadivoso, y tan amoroso, que por vuestro amor está con figura tan lastimosa, maltratado y atormentado. Veis aquí al Rey constituido por el Eterno Padre sobre la Iglesia militante y triunfante, Rey del cielo y de la tierra, Rey de la gloria v Rev Eterno, cuvo reino no tendrá fin. Mira, oh alma mia, si le quieres recibir por Rey, y darle el debido vasallaje. Mira si te desdeñas de tener Rey tan ultrajado en lo exterior. Mira si quieres vestirte de su librea, y andar siempre en su compañía, pues para ti vino este Rey. De muy buena gana, Rey mio, os recibo y adoro por mi Rey; y cuanto os miro más abatido, tanto de mí sois más estimado. Vestidme de vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo andar vestido como su Rey.

años; al Rey y Mesías prometido por los profetas para vuestro remedio; al Rey que sucede en la casa de David con vara de equidad (1), cuyo reino ha de ser eterno; al Rey ungido por Dios para librarnos de la servidumbre del demonio: aquí os le presento, mirad si le conoceis y le quereis recibir por vuestro rey.

⁽¹⁾ Ioan. XIX, 13-14. —(2) III Reg. XXII, 30.

⁽r) Ps. 11, 6 et XLIV, 7.

PUNTO QUINTO

Rabia de los judíos contra Cristo.—2. Su malicia y ceguedad en desechar al Rev verdadero y aceptar al tirano.—3. Cómo el pecador en esto imita á los judíos.

Los pontífices respondieron á esto: Quitale, quitale de ahí, crucificale. Dijo Pilatos: ¿A vuestro Rey tengo de crucificar? Respondieron ellos: No tenemos otro rey sino á César (1).

I. Aquí se ha de considerar, lo primero la rabia increible de esta gente, que ni aun ver á Cristo querian, y por eso dijeron, quítale de ahí, que fué decir: No le vean más nuestros ojos, crucifícale para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere la Sabiduría: Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros, y contrario á nuestras obras. Danos en rostro con los pecados que hacemos contra la lev, y publicalos á todos. Dice que tiene ciencia de Dios y Ilámase su Hijo. Pesado es á nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la de los otros, y sus caminos muy diferentes (2). ¡Oh Justo de los justos, justísimo Salvador nuestro, utilísimo y provechosísimo para nosotros, porque sin ti todos quedariamos inútiles y perdidos para siempre; pesada es tu vista para los malos, pero muy apacible para los buenos! Los pecadores rebeldes no querrán verte, pero los justos desean siempre contemplarte. Nunca se me quite de delante tu divino rostro, aunque sea en esta triste figura que por mí tomaste; porque verte así, me alienta á imitar tus trabajos para despues verte y gozarte en los eternos descansos. Amen.

2. Lo segundo, se ha de considerar la maldad y ceguedad de esta gente en dejar al Rey verdadero que Dios les habia dado para su bien, y aceptar por rey al tirano, que les quitaba las haciendas y la libertad que ellos tanto estimaban; y al que ántes aborrecian, ahora le reciben en odio de Cristo, y por no recibir á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Cristo nuestro Señor que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que ellos escogieron, se volviese contra ellos y los asolase y destruyese.

3. Todo esto he de aplicar á mí mismo, considerando cuántas veces dejo al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra vana y perecedera, viviendo como si no hubiese ni tuviese otro rev más que á César. Con lo cual hago grande injuria á Dios nuestro Señor á semejanza de este pertinaz v perverso pueblo hebreo. ¡Oh Rey Soberano, de todo corazon me pesa por las veces que os he dejado y ofendido! Cuando era del mundo, decia con los mundanos: No tengo á otro rey sino á César; pero de hov más, Señor, digo cuanto es de mi parte, que no quiero otro Rey sino á Cristo. Vos sois mi César y mi Rey, á quien deseo obedecer y servir de todo corazon. Y si obedeciere á los reyes de la tierra, será porque así lo quereis, y en las cosas solas que mandais; porque en lo demás, que fuere contra vuestra santa ley, no reconozco otro Rey que á Vos, á quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

⁽¹⁾ Ioan. XIX, 15. - (2) Sap. II, 12 et seqq.